

que el primoroso Palacio de Justicia es de piedra de buena calidad ; que la condesa de Brege, enterrada en la basílica, nació en 1499 y murió en 1566, y otros datos no menos interesantes que te probarán lo mucho que conserva Ruan en colección bajo catálogo, con etiqueta y numeración ordenada.

Pero lo que no encontrarás anunciado en ningún guía (y si quieres gozar de ello apresúrate, por Dios, lector querido) son esos rincones armonizados por la lenta sucesión del pasado ; esos conjunto visitados por los siglos, delante de cuyas huellas tiembla el lápiz como movido por resorte misterioso ; esos amores del sol con la piedra y la humedad con el musgo, de la yedra con las estatuas y de las grietas con las plantas.

Todo esto se va perdiendo. Dentro pocos años, los edificios que quedarán enteros se verán iluminados con luz eléctrica y cruzados de teléfonos como modernas telarañas ; las casas de alquiler crecerán sobre los claustros augustos, y los grandes campanarios servirán quizás de postes telegráficos.

El mismo famoso canal, que tantos artistas ha inspirado, va perdiendo su carácter : hoy día le obligan á mover un molino vulgar de nueva planta.

Maquinaria flamante, cuadras limpias y perfectamente ordenadas, sistemas perfeccionados, útiles, si se quiere, y necesarios ; pero, á pesar de tan útiles ventajas, preferimos volver al nuestro, que, si no muele pan para el cuerpo, alimenta de otro modo nuestro espíritu.

### El moro del baile

En un artículo anterior decía que lo que más renombre ha dado al molino de la Galette, aparte de otras múltiples y variadas cualidades, es el famoso baile que, bajo su sombra y responsabilidad, se perpetra todos los domingos y demás días de la semana.

Subiendo la empinada cuesta que conduce á la iglesia de Montmartre, y al pasar bajo unos grandes y verdes paredones, se oyen los desacordes de una orquesta tocando á toda máquina. Un sordo rumor de humanidad atraviesa por las grietas de esa casa, un pataleo enorme hace temblar los muros, y por los ventanales abiertos, á modo de sudoroso hervidero, se deslizan bocanadas de humo que exhala, por sus poros de madera, el extraordinario edificio.

Delante de su caprichoso aspecto, no sabe el morigerado viandante si es aquello una casa de dementes, una fábrica de instrumentos musicales en ensayo general, ó una sesión animada de espiritistas en danza, hasta que un anuncio oportunísimo explica en letra clara y comprensible, á todo el que sepa leer, que aquello no es más que el mismísimo sarao del *Moulin de la Galette*.

Esto basta y sobra para derramar luz sobre la más, obscura inteligencia, pues si bien son muchos los mismos parisienses de varias generaciones á esta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

parte que no han puesto los pies en su lustroso pavimento, por más que haga seiscientos años que sirve de albergue á todos los que han tenido ligereza y buen humor para entregarse á lo que llaman los valientes parroquianos, placeres de la danza; si muchos son, repito, los que no han pisado su alto nivel gerárquico, no hay nadie, absolutamente nadie, que viva dentro del mapa de Francia, que ignore su existencia ni su semi-olímpica gerarquía.

Y es que muchos no han llegado hasta allí porque consideran el tal baile como albergue de sospechosas costumbres, como corte de los milagros, como algo desconocido y de funestísimo agüero.

Para tales timoratos el baile este es como danza macabra bailada por calaveras vivientes, coreada por fantasmas de alta gorra y simbólicos bucles, acompañada por músicos delegados del diablo y dirigida por el mismo Mefistófeles en *persona*, vestido de frac correcto y ocultando las uñas dentro de fundas de blanquísima cabritilla.

Moralmente, algo tiene de todo esto el famosísimo baile.

Aunque cada parroquiano tenga el aspecto de toda persona vulgar y natural; aunque la sala esté iluminada con grandes focos de luz eléctrica y la orquesta toque los bailes más alegres del repertorio moderno; del conjunto de la multitud, del medio ambiente del local y del ruido de la música, se desprende un algo inexplicable y severo, un aire receloso, un malestar oculto que corre á flor de tierra, pasa por la enrarecida atmósfera, sube en columna con el humo de centenares de cigarros y forma au-

reola compacta en los focos luminosos, empañados por aquel aliento malsano.

Se diría que allí van los hombres y las mujeres á cumplir la condena de un baile continuo y desesperado, á sufrir un sarcástico y refinado tormento, á expiar alguna culpa cometida, y que la policía colocada alrededor de la sala, contemplándolos cruzada de brazos y la mirada pasiva, está allí para obligar á bailar sin descanso á los pobres condenados.

El que pasa los umbrales de la casa siente un malestar nervioso que le hace creer su perdida libertad ya para siempre; suspira por el reposo que ha dejado fuera para entrar en aquel centro de alegría obligatoria; mira á los demás, curtidos ya por las inclemencias de aquel baile, bailando con resignación y semblante indiferente, y comprende el mal paso que ha dado, al penetrar en aquel divertido abismo.

Nadie ríe allí, si bien grita todo el mundo.

La misión es allí seguir la orquesta, que no deja de tocar un sólo instante, y trabajar todos juntos en la obra común de bailar eternamente, como indios errantes de la danza.

Terminado cada baile, una voz estridente lanza una nota, larga como el alerta de un centinela; aguda, tan aguda que hace temblar los prismas de las arañas; desgarradora como de alguien que se ahoga; penetrante como el toque de una campana; y aquel grito, que tiene algo de supremo, es como la despedida á la luz que da el muezín en lo alto del minarete; es la proclama de otro baile, anunciado como solemne mandato; es la corneta del

juicio que levanta aquella humanidad, para hacerla bailar de nuevo sin tregua ni reposo.

Primero es el vals, empezado suavemente, animándose por momentos y acabando en furioso torbellino, que hace rodar las parejas, como atraídas por un ciclón espantoso; luego la polka, lanzándolas de un lado á otro en huracán deshecho; luego el vals otra vez, y otra la polka; y, por último, en un cambio de viento aparece el cancán acompañado de bombo y cornetas, y bailado en todas las formas y movimientos imaginables y en todas las fases de la caricatura humana.

El cancán, en la casa, ha adquirido patente de institución.

Aquí empezaron los primeros ensayos y las primeras tentativas; aquí el desordenado baile, nacido quizás en un momento de embriaguez inconsciente, fué arraigándose para luego recorrer el mundo entero como un símbolo; aquí se le encauzó dentro de las reglas de un arte y llegó á formar escuela, y hoy día aquel es su clásico conservatorio como fué la academia de su historia.

El cancán necesita, para vivir, del ruido y del escándalo, como viven del reposo las flores de las montañas; y toda la tarde del domingo, y otra vez por la noche, y de nuevo el día siguiente, y así durante años y más años de cancaneo incesante, arrecia el tal baile en las piernas, el mareo en la mente y la pesadumbre en el alma.

El hombre condenado á vivir entre aquella confusión y algarabía, pataleo y movimiento continuo, entre el ir y venir y codearse, entre aquel lúgubre bullidero, sería quizás más desgraciado que el con-

denado á soledad perpetua: el tumulto, entrando por sus sentidos, gastaría su vida como las sutiles láminas de un teléfono, y moriría usado enteramente por el roce del ruido.

Y, sin embargo, allí está condenado á vivir un ser acostumbrado á las grandes quietudes del desierto.

Un pobre moro, una figura solitaria y soñolienta, vive allí entre aquel bullicio eterno, luchando por la existencia, que le obligó á nutrirse del escándalo, antes que morir quizás en la soledad de su tierra.

En un rincón de la sala, en el sitio más apartado y oculto á la mirada, se le ve acurrucado y plegado sobre él mismo.

Su rostro, amarillo gris como la arena del Sahara, tiene esa vaguedad de moro, pero de moro sin raza, de esos moros que llegan emigrados, sin saberse cuándo ni cómo, llevados en alas del viento africano. Su nariz aguileña cae desmayada sobre el labio superior en actitud de abandono; sus ojos negros son de un negro mate que no reciben la luz ni la transmiten: miran dulcemente, sin fuerza para abrirse ni luz para mirar fijamente; así como su barba, falta de savia para crecer robusta. Llena su rostro de oasis, que le imprimen un sello de languidez extraordinaria.

Es un moro triste en toda la extensión de la palabra, y un moro triste es lo más triste que conozco en el mundo.

Esos hijos del Profeta que llegan á Europa con cargamentos de alfombras y zapatillas, llevan tal provisión de nostalgia en su espíritu, que si la tris-

teza se vendiera y alguien fuera capaz de comprarla, volverían riquísimos á su patria.

Parecen seres inoculados de seriedad permanente ; gente desprovista de los simpáticos nervios de la risa ; hombres, en fin, á quienes falta el registro de la alegría.

No concebimos un moro verdaderamente moro, ó sea auténtico, un ser desgraciado, y el moro del molino ; es moro de cuerpo y alma !

Viste como vestirían en su tierra, si en su tierra hubiera invierno, esto es, con tal enredo de pliegues y confusión de prendas, que no hay quien aclare dónde empieza la capa y acaba el manto. Su cuerpo, como una momia de Egipto, está enredado dentro de un laberinto de trapos ; vive dentro del traje como pudiera vivir dentro de la cama, envuelto entre las sábanas ; carga con un turbante inmenso, y arrastraría la capa, á no estar siempre sentado. Sucio, apolillado cuasi, muerto de sueño, aturdido por el vaivén incesante, espera delante de una mesita á que los sedientos bailarines lleguen á comprarle las pastillas que constituyen su negocio.

Son estas pastillas fabricadas de esencias inverosímiles, de goma arábica quizás ; de menta, mirra, incienso, y Mahoma sabe tan sólo de qué otras sustancias ; son pintadas en tonos del más salvaje capricho y reñidas con toda la estética de colores ; saben á miel y alcanfor, huelen á bazar turco y tienen mucho de pastillas al aguache y de tablitas á la acuarela.

De esto vive el pobre moro, aunque vive lo menos que se puede vivir con vida.

Solitario entre tanta gente, no tiene más que un

compañero, un perro infortunado que no le abandona un instante, plegado á sus pies como los perros de piedra en los sarcófagos de la Edad Media.

Pertenece el pobre animal á la bohemia perruna. Es de naturaleza flaco, largo de hocico y despeinado ; lleva á todo llevar las orejas sin recortes sufridos en su infancia ; es más bien meditabundo que *hablador*, y se diría, al verle tan descarnado y ojorizo, que sólo se alimenta con las pastillas sobrantes de la tienda de su dueño.

Como éste le vimos durante todo este invierno, vestido entre pliegues y oculto entre pañales, con su capa sucia y bordada que le cubría su destartalado cuerpo. Dormido el perro y aletargado el dueño, y ambos anonadados, parecían el símbolo del Silencio en el templo del Ruído.

Todo el mundo se burlaba de su porte y de su oficio.

Echábanle sarcásticos requiebros las mujeres é insultábanle los hombres ; mirábanle como un objeto despreciable relegado en el último rincón de la casa ; de sus barbas mofábanse á sus barbas ; robábanle sus pastillas, que eran su hacienda, y á veces en el torbellino del baile caían sobre su miserable tienda como una avalancha humana.

Y él, en tanto, siempre impasible, paciente hasta el martirio, no movía más que los ojos vagamente ; ocultábase como una tortuga bajo sus pliegues ; y allá dentro, en el fondo de su traje, y más adentro aún, en el fondo de su alma, soñaba tal vez en los solitarios rincones de su tierra, en su desierto tranquilo como el cielo de Mahoma, en la paz y sosiego

del campo y en la grandiosa quietud de las llanuras de su patria.

Sólo un día se irguió como una figura de acero.

Entraron una banda de borrachos, y, viéndole en el lugar de siempre, le quisieron hacer bailar el can-cán á toda costa.

Resistióse como un héroe; empujaronle; rióse por vez primera en la casa; por vez primera lloró el moro; animáronse aquéllos, y, sin poder lograr lo que querían, lanzáronle á la desierta calle de Montmartre.

Allí le vimos respirar la soledad con toda la fuerza de sus pulmones.

Allí le vimos, entre la luz del crepúsculo, andando con esa vaga tristeza de una sombra que se aleja entre las sombras.

Seguido de su inseparable perro, vímosle por última vez marchar errante en dirección á Oriente, para entrar en ese París inmenso, que es para todo emigrante el desierto verdadero.

---

X

### Impresiones de llegada

Ya que el año despunta con frío, hablemos del frío para empezar, y luego veremos. Es cosa sabida que la conversación climatológica ha sido siempre muy socorrida. Dos se encuentran por la calle, ó en visita, ó

en el teatro, ó en donde sea, siempre que lleven el pensamiento parado, es recurso seguro para salirse del paso comentar el calor que sufre el hombre en verano ó el que no sufre en invierno. Uno y otro se cuentan sus fríos ó sus sudores, y, á estilo de comedia, se lo repiten en alta voz para que el público se entere, y por este sencillo *palabreo* queda todo el mundo tan satisfecho. Así yo, pobre mortal, que he de renovar los artículos desde el Molino, encontrándome sin saber cómo empezar, lo que es molesto, y hallándome con el frío como tormento y recurso, á él me acojo para que libre de apuros mi ánimo, ya que tan apurado tiene mi cuerpo.

Porque cuando en pos de un no sé qué, incierto como una nube sin forma, se dejan aquellas playas de Sitges que dejamos; ay! míseros de nosotros, donde el sol, como en nuestros antiguos dominios, nunca sale porque nunca se pone, ya que deja siempre rastro de reflejos aun andando por los antípodas; cuando se deja aquella eterna dulzura del aire sin falsificación recibido y directamente aspirado; cuando se deja una tierra que, á más de ser buena por ser nuestra, lo es también porque lo es, y se encuentra uno atravesando todo un mapa blanco como la nieve, sin metáfora porque nieva, y tiritando de frío, bien puede uno quejarse y hacerlo servir de pretexto para calentar el ánimo.

Pero, hablando con justicia, así Dios nos libre de este frío, si la impresión primera al salir del último tinglado en que pára el tren, reclama abrigo para el cuerpo, pronto el alma siente el calor de la vida que exhala la capital por sus gigantescos poros; pronto la fiebre del gran París hace correr la sangre